



FIESTA DEL CUERPO Y SANGRE DE CRISTO (CORPUS CHRISTI)

“Mientras estaban comiendo, tomó pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio y dijo: “Tomen, esto es mi cuerpo”

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Éxodo 24, 3-8; Hebreos 9,11-15; Marcos 14,12-16.22-26

Culminando las festividades que siguen al tiempo pascual, la Iglesia dedica un día para celebrar con especial solemnidad la eucaristía, sacramento central con el bautismo de la vida cristiana. El Jueves Santo, día en el que se recuerda la “última cena” del Señor, está demasiado cargado por el contexto de la pasión y muerte de Jesús. Por otra parte, la devoción creciente y el culto en torno a la presencia real del Señor en el pan y en el vino consagrados, y conservados fuera de la celebración eucarística, dieron lugar, a mediados del s. XIII, a esta festividad de gran relieve en el mundo católico: procesiones, ricas custodias donde se muestra el “santísimo” para su adoración por los fieles.

Las lecturas elegidas para la celebración en este año, teniendo como eje el relato de la “última cena” de Jesús en la noche en que iba a ser detenido y muerto, nos centran en el significado del gesto de la entrega del pan y del vino a los discípulos como símbolo de la nueva Alianza entre Dios y la humanidad.

La lectura del Éxodo abre el horizonte de comprensión hasta la Alianza de Dios con Moisés y su pueblo en el monte Sinaí. De parte de Dios, la Alianza se sella en la sangre de animales sacrificados: “Moisés tomó la sangre, roció con ella al

* Ciclo B

pueblo y dijo: Esta es la Alianza que Yahvé ha hecho con ustedes”. De parte del pueblo, se confirma en el compromiso: “Obedeceremos y haremos todo cuanto ha dicho el Señor”. El rito solemne se consuma en la comunión de los reunidos en el nombre del Señor: “y después comieron y bebieron” (Ex.24,11). La comida en común simboliza la comunión a la que Dios invita a su pueblo. El texto del Éxodo es importante para comprender el significado de lo realizado por Jesús en la última cena con los discípulos.

El texto de Hebreos, honda reflexión sobre la novedad de la religión y el culto cristiano, subraya la superioridad del sacrificio de Cristo comparándolo con la antigua Alianza mosaica y lo formula diciendo: “se presentó Cristo... no con sangre de machos cabríos, ni de toros, sino con su propia sangre, consiguiendo una liberación definitiva”. “Definitiva”, ya no se necesitarán nuevos sacrificios. La diferencia fundamental radica en la sangre, ya no de animales, sino del mismo Cristo, es decir la entrega de la vida -eso es lo que se significa con la sangre- por esa liberación plena de todo aquello que rompe la alianza con Dios.

La acción de Jesús, en el relato de Marcos, atiende a los dos aspectos de la Alianza reseñados en el Éxodo: la sangre y la comida de comunión. La “última cena” queda situada en el contexto de la Pascua, el “paso” liberador de Dios, que arranca al pueblo de la esclavitud para constituirlo “pueblo de Dios”. El pan partido, roto, para ser comido y el vino repartido para ser bebido, significan el cuerpo entregado y la sangre derramada, es decir la vida toda de Jesús entregada sin reserva para la nueva Alianza con Dios y la vida nueva, fraterna, de la humanidad. De parte de Dios, el Padre de Jesucristo, se trata del don del Hijo -su cuerpo y su sangre- como signo de reconciliación y de alianza nueva. Por parte de la humanidad, en la comunión del pan y del vino se acepta la nueva comunión de vida con el Padre y con los hermanos.

La eucaristía es por antonomasia el sacramento de la salvación, entendida como la comunicación que Dios nos hace de su amor y acogida por parte nuestra con agradecimiento filial y alegría. La eucaristía es celebración comunitaria, como lo hizo Jesús con sus discípulos (bien puede uno pensar que estarían también las discípulas que lo venían acompañando desde Galilea hasta el Calvario). La Nueva Alianza implica, como leíamos en el Éxodo, al pueblo, a la comunidad. Todos reciben de Jesús y comparten el pan partido y el vino, el cuerpo “entregado” y la sangre “derramada”, como indica Lucas (Lc.22,19.20). La eucaristía, comunión con el cuerpo y la sangre de Cristo, crea y reclama comunión y fraternidad. Cuando ésta se desprecia y se rompe ya no es celebración de la Cena del Señor, amonesta Pablo a los corintios (1Cor. 11,20).

La fiesta del “Corpus Christi” es fiesta de común reconocimiento de la comunión y de la fraternidad. Comulgar es más que “comer la hostia”, significa e implica identificación con la entrega de Jesús, no sólo en su muerte, sino en toda su vida, por la vida en plenitud de los demás (Jn.10,10). Es alimento que fortalece nuestra debilidad para amar, ensancha el horizonte limitado de nuestra fraternidad. La comunión con el cuerpo de Cristo no termina en la acción litúrgica; ahí comienza para realizarse en la comunión con el “cuerpo de Cristo” que es la comunidad cristiana y, de alguna manera, la humanidad entera. Y, comulgando con lo que aprendemos de Jesús. comulgando con las necesidades de los más pobres y vulnerables. Hoy sentimos una cierta vergüenza ante la exhibición de ricas custodias y cálices. Deberíamos sentirla más ante las vidas rotas, empobrecidas y humilladas de tantas personas que apenas sobreviven en la pobreza. Tratamos de no exhibirlas, más bien de ocultarlas, para ignorarlas y que no nos enrosten. Celebrar el Corpus en tiempo de pandemia, nos convoca no a la añoranza de las procesiones triunfales, sino al acrecentamiento de la caridad y de la solidaridad, de la responsabilidad compartida ante tanto sufrimiento de las personas golpeadas por los efectos de la pandemia. por la masacre despiadada en el VRAEM, o por el fuego, destructor de viviendas e ilusiones de las familias shipibas en Cantagallo.

Una última reflexión: Este año el Corpus coincide con la jornada de las elecciones, que han traído tanta confrontación, denuestos y negaciones de los que no piensan igual que nosotros. Que la fiesta y comunión con la vida entregada de Jesús por la fraternidad y el mutuo reconocimiento, nos ayude a recrear actitudes y prácticas de respeto a la dignidad y los derechos de todas las personas que compartimos este país, que no sea la incomprensión y la revancha política e ideológica la que nos domine, que en el año de nuestro Bicentenario seamos capaces de apostar por una convivencia fundamentada en la justicia, en la libertad y en la fraternidad.